

Ernest WIESNER, comp., *Nueva literatura alemana. Antología de autores contemporáneos*. Trad. de Marlene Rall, Alberto Vital *et al.* México, UNAM/FCE, 1993.

No es necesario subrayar la importancia de publicar antologías de narradores contemporáneos que nos permitan tener acceso, mediante traducciones, a nuevas visiones, tendencias o temáticas de una literatura nacional. Esta antología de narrativa alemana incluye obras publicadas de 1972 a la fecha y algunas inéditas. La selección de cuentos o fragmentos de novela revela una gran diversidad de formas y estilos. Sin embargo, dentro de esta diversidad es posible detectar ciertas temáticas o tendencias formales comunes a varios cuentos.

En primer lugar, se hallan los cuentos que yo llamaría anticuentos, en el sentido de que narran lo no sucedido o narran otra cosa diferente de lo anunciado, jugando así con las expectativas del lector y las convenciones del género. Tal es el caso de "Diario de viaje" de Hans Joachim Schädlich, que no cuenta, como era de esperarse, un viaje sino lo sucedido mientras el viaje no se realiza. Wilhelm Genazino hace algo similar en "La mancha, la chaqueta, los cuartos, el dolor", en el que una pareja viaja a Francia con el único fin de contemplar de cerca un cuadro que, finalmente, no llegan a ver. En lugar de eso la mujer decide comprar una postal del cuadro, así como los objetos que lo componen, con la intención de reproducirlo en la habitación del hotel, cosa que tampoco llegan a hacer.

Un ejemplo aún más extremo es "El cuento", brevisima narración de Richard Wagner, que transcurre en la oscuridad, sin personajes, sin diálogo, sin tiempo ni lugar específico y que "en realidad no pasa del título".

Esta tendencia marca una preocupación de los escritores por encontrar nuevas formas de expresión dentro de los géneros tradicionales.

Muy relacionados con los anticuentos están aquellos relatos cuyo tema central es una reflexión sobre la escritura misma. En este caso, la conciencia que tienen los narradores de su condición de escritores los lleva a explorar las posibilidades de la escritura como un arma para enfrentar la realidad. Véase si no lo que nos dice el narrador-escritor de “Lenau”: “Cuando más me acerco a la actualidad... tanto más fatigoso, confuso y esporádico se vuelve mi oficio. Estoy sentado y escribo. Tengo miedo y escribo; me alegro y escribo; a veces estoy sobrecogido; a veces, tenso; escribiendo deshago nudos y atravieso espejismos”.

La escritura como animación vital y forma de supervivencia se aprecia también en el narrador impersonal Uno que aparece en “Cualquier cosa, de cualquier manera”, y que encuentra en el acto de escribir una justificación de la vida: “Mientras Uno escribe que no hace nada, hace algo. Si Uno continuamente escribiera: No hago nada: haría algo continuamente [...] Si la mujer que llamó llamara ahora y preguntara: ¿Qué haces?, podría contestar, Escribo: Hago algo. Ella podría pedirle: Escribe lo que haces. Él contestaría: Eso estoy haciendo. Escribo que escribo. Hago algo”.

Para este personaje escribir es una obsesión y sólo tiene un problema: encontrar la palabra que le sirva para empezar. Es coincidencia significativa que el personaje de “Gnafna de lechera” tenga la misma ambición de escribir y se enfrente a idéntico problema: “Escribiría sobre todo. [...] Sólo sería difícil el principio”. De los textos, “El cuento” es el más provocador pues, al violar todas las convenciones del género, nos conduce a reflexionar sobre la paradoja de la escritura que permanece en la negación de sí misma.

Los cuentos escritos por mujeres participan de los temas y preocupaciones ya mencionados, pero se caracterizan por la experimentación con un lenguaje fragmentado, hecho de frases cortas, incompletas, o por una mayor indagación en las posibilidades de la escritura para apresar la realidad tangible. Katja Behrens en “Agua que corre” logra evocar con frases cortas, inconexas, de gramática alterada, el surgimiento del deseo —y la culpa consecuente— entre una joven y su medio hermano:

Acostada sin pensar ya en nada, escuchar la cascada. El agua, era el agua lo que yo quería ser también y no podía, agua que cae, que cae hacia él, que fluye con él. La respiración de su cuerpo. El bramido afuera. Ya no afuera, ninguna otra tienda, las montañas calladas, la noche llovediza ya no afuera, sino adentro de mi cuerpo, y yo afuera en alguna parte. La mano en su hombro. Como si los músculos se hablaran en voz baja, un susurro apenas audible. Cuando se hizo

fuerte... la rapidez con que se puso de pie, el chirrido del cierre, las lonas de la tienda abiertas dejando entrar la luz de la noche. Afuera el cono luminoso de su linterna [...] Por la mañana palabras indiferentes y la vergüenza de un niño que se portó mal.

En otros casos el lenguaje se vuelve asociativo, sin orden o lógica en su desarrollo, creando así imágenes inéditas de gran fuerza, como en "Interminable azote de puertas", de Ursula Krechel. Preocupadas porque el lenguaje no alcanza a plasmar con exactitud una imagen, estas escritoras aceptan el reto de la escritura. Quizás el narrador de "La peste", de Brigitte Kronauer, para quien no hacen falta "ni oraciones ni palabras", sea quien mejor encarne esta contradicción: "estos hombres lograron algo: la ilustración exacta, hasta el último detalle, de un estado de cosas [...] que aquí tampoco llegó a plasmarse en palabras". Y sin embargo, el cuento terminado, hecho palabras, es testimonio de lo imposible.

Forman grupo aparte los cuentos que yo llamaría "del absurdo". Cuentos que resultan oscuros, con personajes incomprensibles y anécdota sin sentido aparente. El ya citado "Interminable azote de puertas" podría parafrasearse como interminable azote de imágenes inconexas que reducen el mundo a un circo de dimensiones trágicas. Estas narraciones presentan personajes sin nombre, inmersos en una cotidianidad aplastante, resultado de los cambios en el mundo moderno que anulan la individualidad y, con ella, la voluntad. La expresión más dramática de esta realidad paralizante se da en la acción/inacción en la que se debate el personaje del cuento paradójicamente llamado "Día del trabajo", de Andreas Neumeister.

Absurda parece también la anécdota del cuento "La mancha, la chaqueta, los cuartos, el dolor", en el que desde el mismo título se establece una secuencia irracional desprovista de toda lógica. Al leer cuentos como éstos uno se queda con la impresión de que la acción de los individuos no tiene finalidad o trascendencia alguna y de que, al fin y al cabo, la finalidad tampoco importa.

No es de extrañar que ante las amenazas de una sociedad industrializada y tecnologizada, los individuos quieran escapar.

Éste es el tema de los cuentos fantásticos, "La muchacha desnuda en la calle" y "El pantano Riemeisterfen". En el primero, un hombre desaparece con una muchacha desnuda que nadie ve, y en el segundo, un hombre busca un agujero por donde salir del mundo. En ambos cuentos el elemento fantástico alude a experiencias no aprehensibles de modo

convencional, que reflejan la capacidad de ciertos individuos para trascender el mundo de lo "real". Después de todo, a los dos personajes desaparecidos se les puede aplicar lo que dice el narrador de "El pantano...": "siempre tuvo la imaginación y la voluntad de tocar la misteriosa diferencia entre él y el mundo".

No puedo dejar de mencionar dos cuentos donde el pasado y el presente, representados respectivamente por el periodo anterior y posterior a la caída del Muro de Berlín, conviven no en su grandeza, sino en su pequeñez o cotidianidad. "El paseo por la tarde", de Brigitte Burmeister, produce un sentimiento de nostalgia o alivio, o las dos cosas, por un pasado que, como el muro, se derrumba dejando la huella de su pura ausencia. "Las peras de Ribbek", por el contrario, nos deja con la sensación de incomodidad o de cínica resignación del narrador ante "el presente" que irrumpe violenta y desconsideradamente en "el pasado". Ambos cuentos se complementan al dibujarnos la complejidad de este acontecimiento histórico.

Unas palabras sobre la labor de traducción. Salvo algún caso en el que una referencia geográfica se trasplanta a un contexto mexicano, afectando el tono y la atmósfera del cuento, las versiones al español operan con fluidez y naturalidad. Los traductores lograron recrear con bastante éxito las complejidades lingüísticas y estilísticas del alemán. De este modo la selección de la antología ofrece a los lectores de habla hispana una panorámica si no representativa, por lo menos amplia y sugerente de la nueva narrativa alemana.

Eva CRUZ YAÑEZ